

LA CATEGORÍA DE LA VITALIDAD EN EL ÚLTIMO CROCE *

THE CATEGORY OF VITALITY IN THE LAST CROCE

BARBARA TRONCARELLI
Univ. Molisse, Italia

La divergencia entre realidad histórica e ideal moral, es decir, la lucha entre fuerzas vitales y fuerzas morales, es una de las preocupaciones fundamentales de la filosofía del último Croce. Para ello parte de una aguda crítica al extremo vitalismo que condujo a la II Guerra Mundial, considerado no como fuerza categorial del espíritu, sino como una fuerza identificable con la irracionalidad de puro impulso individual. En este contexto, cobra relevancia su pensamiento en torno a la religión y su relación con el estado, así como el descubrimiento del sufrimiento, o mejor dicho, de la ética como sufrimiento, que sustituye el previo “descubrimiento de lo útil” como otra y más profunda clave para la comprensión de la realidad.

The divergence between historical reality and moral ideal, in other words, the fight of vital and moral forces, is one of the most important priorities in Benedetto Croce's ultimate philosophical thought. In this sense, he elaborates a deep criticism of the extreme Vitalism that led to the II World War, considered not as a categorial force of the spirit, but a force that can be identified with a kind of irrationality of individual origin. In this context, his reflections about religion and the relation with the state become very important, as well as the discovery of suffering, or to put in another way, the ethics of suffering, that replaces the previous “discovery of the utility” as another, and deeper, key to understand reality.

*Fecha de envío: 10 de febrero de 2014
Fecha de aceptación: 26 de mayo de 2014*

LA FUERZA TRÁGICA DE LA VITALIDAD. Es notable el hecho de que el pensamiento de Croce, lejos de haber “aislado durante mucho tiempo la cultura italiana en su recinto provinciano”,¹ haya sido reconocido en toda su relevancia

* El texto es la traducción de la conferencia de la profesora Barbara Troncarelli, *La categoria della vitalità nell'ultimo Croce*, presentada en el Congreso *Benedetto Croce. Etica e politica*, Universidad La Sapienza, Roma, 8-9 de noviembre de 2013.

¹ M. Cacciari, ‘E perché Gentile no?’, entrevista de N. Ajello, *La Repubblica*, 15 de

BARBARA TRONCARELLI es profesora de Informática Jurídica en la Facultad de Ciencias Matemáticas. Físicas y Naturales de la Universidad de Molise. Sus ámbitos de estudio son la filosofía del derecho, la complejidad social, la bioética, la globalización y la informática jurídica. Entre sus obras destacan: *Logica della globalizzazione e diritto* (2004); *Dialettica e logica sociale nella prospettiva della complessità. Hegel, Croce, Gentile* (2006); *Dinamiche giuridiche nella società dell'informazione. Tra privacy e sicurezza* (2009).

Palabras clave:

- Benedetto Croce
- Vitalismo
- Religión
- Pensamiento moral
- Irracionalidad

Keywords:

- Benedetto Croce
- Vitalism
- Religion
- Moral Thought
- Irrationality

incluso por parte de uno de sus mayores críticos, Antonio Gramsci, para quien Croce representa “el último hombre del Renacimiento [...] que expresa exigencias y relaciones internacionales y cosmopolitas”.² Pese a que esta misma envergadura cosmopolita lo habría llevado, según Gramsci, “a asumir posturas equilibradas, olímpicas, sin compromisos demasiado arriesgados, de carácter temporal y episódico”,³ aunque permanezca en él “un principio esencialmente nacional”,⁴ comprobado por su tentativa de mejorar el nivel de la vida intelectual en Italia a través de un adecuado contacto con la cultura europea. Este juicio de Gramsci tiene el mérito de entender la gran importancia que asumió de manera inmediata, en Italia y en el extranjero, la filosofía del espíritu, hasta el punto que se hace deseable, según la interpretación gramsciana, un “anti-Croce”,⁵ esto es, una rigurosa crítica de su filosofía y su hegemonía en la cultura italiana de la primera parte del siglo XX. No obstante, es asimismo preciso reconocer que estamos hablando de una filosofía mucho menos armónica, olímpica y ‘clásica’ de lo que pueda parecer, ya que ella, aunque exprese una radical aversión por toda tendencia romántica, irracionalista o existencialista, deviene gradualmente objeto de una transformación dramática de sus fundamentos teórico-morales.

Esto confiere a la filosofía crociana, por lo menos en su última fase, un profundo sentido trágico, como demuestra el pasaje desde la posición de predominante economicismo de la edad joven a una madurez especulativa que se caracteriza por un proceso de eticización de la dialéctica circular del espíritu, como consecuencia de la emergencia progresiva de nuevos temas relacionados con la categoría filosófica de la vitalidad. A causa del concepto de vitalidad Croce, por un lado, afronta difíciles aspectos teóricos que pueden poner en peligro la estabilidad de su sistema idealista; por otro lado, tiene una ocasión proficua para ir más allá de los límites de cierto optimismo dieciochesco que, hasta entonces, se podía encontrar en su pensamiento. De tal manera, asistimos a una transformación de su filosofía del espíritu, y también de su específico entendimiento de la vitalidad, desde una visión serena de la dimensión corporal y natural, expresada en las “dos ciencias mundanas” -la estética y la económica-,⁶ hasta un inquietante afloramiento de las fuerzas primigenias que operan en la vida individual e histórica.

Intentando aclarar este pasaje implícito hacia una perspectiva más problemática, se puede observar cómo todo empieza en la forma económica, elevada a categoría espiritual, a la cual Croce incluso asemeja, en la tercera edición de la *Estetica* de 1907, el sentimiento que expresa el polo de la naturalidad, queriendo superar el dualismo entre espíritu y naturaleza que se podía reconocer en la primera edición de la obra, de 1902.⁷ La evolución antinaturalista del pensamiento crociano se cumple, pues, en la *Estetica* de 1907, en la cual se constata cómo para Croce el sentimiento no es otra cosa que la elemental y fundamental actividad práctica identificable con la actividad

diciembre de 1988.

² A. Gramsci, *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, Einaudi, Turín, 1949, p. 246.

³ Ibid.

⁴ Ibid., p. 247.

⁵ Ibid., p. 44.

⁶ Véase B. Croce, ‘Le due scienze mondane. L’estetica e l’economica’, en Id., *Breviario di estetica*, Laterza, Roma-Bari, 1974, pp. 141-156 (‘Appendice’).

⁷ Véase B. Croce, *Contributo alla critica di me stesso*, Laterza, Bari, 1926, p. 60.

económica, por él “distinta de la forma ética y que consiste en la apetición y volición de un cualquier fin individual, exenta de toda determinación moral”.⁸ La volición-acción económica, en cuanto actividad del sentimiento, es definida por Croce como “concomitante”⁹ con cualquier otra actividad espiritual. Esta identificación de lo útil económico con el sentimiento conlleva la manifestación del economicismo del primer Croce, puesto que el sentimiento, esto es, la actividad económico-utilitaria, al “acompañarlas”,¹⁰ no puede no prevalecer sobre las otras actividades, incluida la moral, en cuanto es partícipe de cualquier forma del espíritu. En otras palabras, lo útil acabaría por impregnar, y tendencialmente condicionar, toda la vida espiritual, aunque Croce entienda evitar este efecto, afirmando una vez más que “no se debe confundir lo que es concomitante con lo que es principal y dominante”.¹¹

Este intento de neutralización del sentimiento, como de cualquier otra dimensión perturbadora o naturalista, se actúa por medio de su reconducción dentro de la estructura tetrádica de la filosofía del espíritu y se debe a la irreprimible exigencia de sistematización de Croce, cuya mentalidad ordenadora persigue constantemente un ideal de armonía y equilibrio. Esto lo lleva a reafirmar su convicción que “la Verdad total, incluso a través de las variaciones, permanece sólida, en la profundidad de todo juicio, como el estribillo sagrado de la logicidad”.¹² Es evidente que en Croce permanece el deseo de remover todo lo que contraste con el ideal de equilibrio, puesto que para él “la preocupación en sentido propio siempre tiene algo de morboso, y por ello Horacio la llama ‘vitiosa’, es decir, nacida del vicio de la mente”.¹³ La elevación de lo útil a categoría espiritual, confirmando esta necesidad de compostura y armónica conciliación, pretende ir más allá de cualquier tipo de dualismo entre espíritu y naturaleza, y reducir así la fuerza desestabilizadora de todo aquello que pueda contraponerse a la realidad del espíritu.

No obstante, en Croce también existe una gran atención hacia la vida en la plenitud de sus expresiones, y por esto no sorprende que, con el descubrimiento de lo útil,¹⁴ él quiera reevaluar justamente la dimensión del individuo en sus polivalentes exigencias existenciales. Es cierto que la categoría filosófica de la economía se somete a una sistematización y, por así decirlo, una ‘entificación’ que frena el movimiento dialéctico, forzándolo sobre todo dentro del nexo de los contrarios, es decir, en el ámbito de formas ideales del espíritu que no guardan una relación de concreta contraposición entre ellas. Sin embargo, si es cierto que Croce elabora su concepción filosófica partiendo de una originaria infravaloración de la naturalidad y del mal en el desenvolvimiento de la realidad, individual e histórica, es igualmente verdadero que en él la eliminación de todo factor de turbación de la racionalidad espiritual está mellada por la conciencia de la imposibilidad de encauzar la complejidad de lo real dentro de los confines estáticos de un sistema -entendido en el sentido

⁸ B. Croce, *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale*, Laterza, Bari, 1950, p. 84.

⁹ *Ibid.*, p. 85.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*

¹² B. Croce, ‘L'uomo vive nella verità’, en *Id.*, *Terze pagine sparse*, Laterza, Bari, 1955, I, p. 10.

¹³ B. Croce, ‘Problemi morali’, en *Id.*, *Pagine sparse*, Laterza, Bari, 1960, III, p. 6.

¹⁴ Véase B. Troncarelli, *Diritto e filosofia della pratica in Benedetto Croce (1900-1952)*, Giuffrè, Milán, 1995, pp. 9 y ss.

tradicional. No es casual que no dude en enfrentarse al concepto de sistema: “Una filosofía del espíritu como filosofía general no existe en mí, salvo que no quede por distracción alguna migaja, donde mi pensamiento no está atento y no es verdaderamente mío. Y tampoco hay un sistema estático”.¹⁵ Esto no quita que cuando Croce, por su propia vocación optimista de derivación dieciochesca, más tiende a concebir de manera armónica la articulación variada de la realidad, tanto más afloran los componentes menos lineales de su pensamiento, determinando algunas de aquellas aporías que, finalmente, emergerán del todo.

Es en este orden de problemas donde arraigan los progresos del pensamiento crociano, que culminan en el tema de lo Vital, cuyo origen se remonta en todo caso a los años anteriores. Ya en la *Estetica* de 1907, la economía, en cuanto categoría espiritual a la que se refiere también el sentimiento -aunque purificado de su consistente valor existencial-, no parece capaz de soportar un sobrecargo de significado de tal magnitud, exponiendo toda la construcción a un desequilibrio, cuando no a una debilitación, del mismo planteamiento tetrádico,¹⁶ lo que en efecto ocurrirá en el último Croce. Estas aporías en la tematización de lo útil económico preparan en Croce el pasaje, filosóficamente tan importante como difícil, nunca admitido explícitamente, hacia una visión de la vida muy distinta, más intensa y sufrida. No se trata de un cambio repentino,¹⁷ ni de algo que se pueda relacionar con una crisis y un replanteamiento del sistema de la filosofía crociana del espíritu; es, más bien una lenta y constante profundización especulativa hacia una nueva sensibilidad, más capaz de expresar una perspectiva compleja, de acuerdo con la evolución de los acontecimientos históricos. Lo que se plantea es pues una profunda reflexión sobre el sentido y el significado del mal y del sufrimiento en la historia y en la vida individual. Frente a una realidad cada vez más inexplicable mediante el puro nexo de los distintos, ya que se ha vuelto oscura, teóricamente ilógica o éticamente deplorable, Croce ya no parece convencido, como en los años precedentes, de que “la historia nunca es justiciera, sino siempre justificadora”.¹⁸

Así, en las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, cuando acontecimientos históricos están a punto de irrumpir trágicamente en el escenario internacional, Croce empieza a desarrollar el tema la primacía de la moralidad, trazándola ya no como una de las cuatro categorías espirituales provista de especial relieve, sino como una actividad omnipenetrante y a la vez inespecífica, que dirige la totalidad del espíritu, teórico y práctico. La moralidad se convierte en la actividad que “afronta y combate el mal en todas sus formas y gradaciones”¹⁹. Para Croce resulta ahora claro que una actividad de este tipo no coincide con alguna obra particular, aunque las realice todas, guiando la labor del artista y del filósofo como aquella de cualquier otro

¹⁵ B. Croce, ‘Contro i sistemi definitivi’, en Id., *Cultura e vita morale*, Laterza, Bari, 1926, p. 204.

¹⁶ Véase G. Pezzino, *L'economico e l'etico-utile nella formulazione crociana dei distinti (1893-1908)*, ETS, Pisa, 1983, p. 133.

¹⁷ Véase G. Galasso, *Croce e lo spirito del suo tempo*, Il Saggiatore, Milán, 1990, p. 414. Para una interpretación distinta, que intenta trazar “el último tiempo de la filosofía de Croce”, véase G. Sasso, *Benedetto Croce. La ricerca della dialettica*, Morano, Nápoles, 1975, p. 675 y *passim*.

¹⁸ B. Croce, *Teoria e storia della storiografia*, Laterza, Bari, 1976, p. 79.

¹⁹ B. Croce, *La storia come pensiero e come azione*, Laterza, Bari, 1943, p. 44.

individuo.²⁰ Por esta vía, se plantea una implícita transformación de la estructura tetrádica del sistema en una estructura casi bipolar, reconocible en el hecho de contraponer la moralidad a la presencia cada vez más penetrante y tangible del mal. En correspondencia con este cambio de estado de ánimo, y no solamente de pensamiento especulativo, una intensa amargura invade a Croce ante la experiencia hitleriana, definida por el filósofo un “descenso al abismo”,²¹ y en la constatación el sufrimiento del mundo a causa de la “vitalidad brutal que quiere atropellar y sustituir al espíritu”.²² En definitiva, se vuelve a observar ese dualismo entre espíritu y naturaleza aborrecido y rechazado por Croce desde los años de la juventud.

Los distintos -bello, verdadero y útil- siguen subsistiendo aparentemente invariados, aunque dejan de ser elementos dialécticamente determinados. En efecto, la noción de realidad se replantea a partir de la dialéctica de los opuestos, representados ahora por la moralidad y el mal: ese mal que se introduce en la multiforme labor del hombre, convirtiéndola en mala, falsa o dañina, y que el bien siempre aspira a erradicar. No es que Croce afirme ahora la concreción del mal, que siempre había negado. Él pretende conservar la teoría de los distintos, dentro de la cual ni siquiera cabe el error, equiparado al mal por su inexistencia y por el hecho de ser un acto meramente empírico. Para Croce, a la luz de una auténtica consideración histórica, no subsisten ni el error ni el mal, así como no subsisten ni lo feo ni lo inútil, porque, en el plano de la historia, todo hecho posee su intrínseco motivo de ser, contrariamente a lo que pueda parecer fuera de la perspectiva histórica, donde estos desvalores pueden manifestarse.²³ Convencido de que el mal solo es una crisis del esfuerzo humano por superarse, y ya no algo concreto, Croce sigue considerando el mal como mero intento de eludir el tránsito de un grado al otro del espíritu, de un bien inferior a uno superior; en otras palabras, es el intento de eludir una separación dolorosa, y de permanecer o regresar al grado anterior.²⁴

Ahora bien, Croce ya no puede evitar el problema del mal, ni negar por completo su concreción. Y tampoco puede reafirmar sin dificultad la tesis sostenida en *Teoria e storia della storiografia*, según la cual el desarrollo histórico “no es tránsito del mal al bien ni vicisitud de bienes y males, sino tránsito del bien a lo mejor”.²⁵ De acuerdo con esta tesis, el juicio histórico debe exponer y pronunciar “solamente juicios positivos”, según los cuales no hay sitio para condenas o valoraciones negativas de los hechos, que solo pueden revelarse malos si no son realmente históricos, es decir, si todavía no se han elaborado históricamente.²⁶ Sin embargo, la realidad del mal ya no se puede confutar, puesto que el mismo mal, lejos de ser algo inconsistente en el plano histórico, se manifiesta a Croce como irracional, “considerado por sí, totalmente racional”,²⁷ precisamente en el ámbito de la “historia por excelencia, civil o moral o ético-

²⁰ Ibid.

²¹ B. Croce, ‘L’ombra del mistero’, en Id., *Il carattere della filosofia moderna*, Laterza, Bari, 1941, p. 35.

²² Ibid.

²³ Véase B. Croce, ‘La teoria dell’errore’, en Id., *Ultimi saggi*, Laterza, Bari, 1935, pp. 240-241.

²⁴ Véase B. Croce, ‘L’“Apologia del diavolo” e il problema del male’, en Id., *Discorsi di varia filosofia*, Laterza, Bari, 1945, I, p. 186.

²⁵ B. Croce, *Teoria e storia della storiografia*, op. cit., p. 77.

²⁶ Ibid.

²⁷ B. Croce, *La storia come pensiero e come azione*, op. cit., p. 160.

política,²⁸ a condición de que ella no ignore el punto de vista de la historia económica, o mejor dicho, de la vitalidad, en la que la sombra de lo irracional o del mal “se vuelve algo firme”.²⁹ Y aunque no le parezca un componente autónomo de la historia y de la realidad, sino “la sombra que proyecta lo racional”,³⁰ es difícil dudar de que el mal, lo irracional, la negatividad, adquieran en esta nueva perspectiva una dimensión substancial y no meramente ilusoria. Se trata justamente de la dimensión expresada por lo “Vital”,³¹ cuando Croce no se limita a identificarla con la categoría espiritual de lo útil económico, ni con la naturaleza o la materia en cuanto relacionadas a la economicidad, sino cuando el término se refiere a una fuerza supra espiritual fuera de los límites humanos y racionales, cuya exaltación creciente en la contemporaneidad señala una degradación moral, un sentimiento turbio y corrompido.³²

A esta fuerza, descrita por Croce como una “salvaje codicia que desborda y devasta y a la cual es preciso poner freno”,³³ solo se le puede oponer la fuerza del ideal moral, de la libertad, en cuya lucha contra el mal descansa el ritmo del espíritu, el progreso, que asume de tal manera un fuerte valor ético.³⁴ En su filosofía del espíritu, hasta ese momento, Croce se había guiado por la convicción de que “el concepto de progreso [...] coincide con el concepto de actividad: hay progreso cada vez que una actividad se afirma cada vez (para no salir del ámbito de la práctica) que se pasa de la irresolución a la resolución, del contraste a la síntesis volitiva, de la suspensión a la acción”.³⁵ Él había excluido del concepto de progreso esa superación de la genérica volición-acción necesaria para otorgarle una auténtica dimensión ética. De aquí deriva una predominante percepción del futuro como resultado de actos y hechos que no dependen de la dimensión de proyectividad y de la elección orientada moralmente.

Sin embargo, posteriormente, Croce advierte que el progreso exige el ejercicio de la racionalidad ética, más bien que de la acción en sí. Y llega a una visión más profunda del tiempo; especialmente del futuro, que ahora se valora como intento de afirmar el ideal moral, esto es, de realizar el deber ser, entendido como una conquista constante de la libertad que le pertenece a cada hombre. Los componentes de la vida social, aún no impregnados por la libertad, representan la dura materia del futuro. El futuro ha de edificarse en el pasado, y este se debe tanto conservar como superar. Pero ahora el progreso ya no es el perenne avance *a claritate in claritatem* fundado en una praxis -desprovista de un verdadero sentido del futuro - en la que coinciden hecho y valor, ser y deber ser. El progreso deviene el dificultoso proceso de crecimiento generado por el

²⁸ Ibid., p. 161.

²⁹ Ibid., p. 160.

³⁰ Ibid.

³¹ Véase B. Croce, ‘Anima e corpo. La forma vitale tra le altre forme spirituali’, en Id., *Filosofia e storiografia*, Laterza, Bari, 1949, pp. 217-223. Para una amplia investigación filosófico-teórica sobre el concepto crociano de vitalidad, véase G. Sasso, *Benedetto Croce. La ricerca della dialettica*, op. cit., pp. 611 ss. Para un estudio de tipo filosófico-histórico, véase G. Galasso, *Croce e lo spirito del suo tempo*, op. cit., pp. 414 ss.

³² Véase B. Croce, *La storia come pensiero e come azione*, op. cit., p. 164.

³³ B. Croce, ‘Giudizio storico e azione morale’, en Id., *Il carattere della filosofia moderna*, op. cit., p. 103.

³⁴ Véase R. Franchini, *L’idea di progresso. Teoria e storia*, Giannini, Nápoles, 1979, pp. 145-7.

³⁵ B. Croce, *Filosofia della pratica. Economica ed etica*, Laterza, Bari, 1932, p. 62.

desfasamiento entre ser y deber ser, por la divergencia entre realidad histórica e ideal moral, es decir, por la lucha entre fuerzas vitales y fuerzas morales.³⁶

Se trata de una lucha dramática, que, por un lado, está abocada a marcar eternamente el predominio de la moralidad sobre la vitalidad, a su vez siempre renaciente; por otro lado, es una confrontación-colisión conciliable con un persistente concepto de unión y armonía, es decir, Croce -mientras la gravedad de los acontecimientos históricos a los que él asiste en estos años no le induzca a preocuparse incluso por el destino de la civilización humana- intenta trazar la oposición entre vitalidad y moralidad en términos de una relación lo menos conflictiva posible; de esta manera, busca evitar un dualismo incompatible con la armonía unitaria del sistema circular de los distintos.³⁷

Por ello, no es casual que Croce rechace la propuesta de Enzo Paci, que consiste en la identificación de la economía con la existencia, entendida por Paci como “pura materia, esto es, pura existencialidad, un momento del ser sin el cual no es posible ni el arte, ni la vida moral, ni la filosofía misma”.³⁸ Según Paci, “la existencia, en cuanto momento que hace posible la vida espiritual, [...] no es la vida espiritual”,³⁹ así como la economía no es una forma o categoría del espíritu, sino una instancia material y precategórica que, aunque se refiera al pensamiento lógico, conserva un ineludible carácter irracional, que la convierte en un elemento exterior al espíritu, es decir, un elemento de negatividad.

No sorprende que Croce se aleje mucho de esta relectura de Paci, quien, intentando perseguir con ella una convergencia entre existencialismo e historicismo y afirmar la presencia de la dimensión existencial también en el idealismo crociano, incurre en ese dualismo entre espíritu y materia que Croce intentó evitar constantemente, desde el momento en que, a través del descubrimiento de la economía como categoría espiritual -del cual el filósofo se atribuye el mérito-, se había propuesto la superación del dualismo tradicional entre alma y cuerpo. La connotación predominantemente negativa que Paci asigna a la vitalidad no solamente determina una forma de dualismo, sino que también diferencia esta instancia vitalista-existencial de la vitalidad así como la entiende Croce,⁴⁰ que además incluye en ella el derecho, la ciencia y la política, es decir, experiencias humanas e históricas positivas que no se pueden confundir con la vida inmediata, de la que representan más bien la superación, al ser condiciones imprescindibles para la civilización y la historia misma.

VITALIDAD, DERECHO Y POLÍTICA. Intentando neutralizar toda forma de dualismo y debilitar ese concepto de vitalidad alimentado por un devenir histórico cada vez más angustioso, Croce quiere enseñar que existe un ámbito en el cual la vitalidad ya no es el mal contrastado por las fuerzas morales, sino un principio de orden y racionalidad, esto es, un principio espiritual. Es el ámbito económico del derecho, que expresa una individualidad positiva, contraria a la que caracteriza la vitalidad como negatividad supra espiritual. La vitalidad a la cual Croce reconduce el derecho es, para mayor exactitud, la

³⁶ Véase B. Croce, ‘Il progresso come stato d’animo e come concetto filosofico’, en Id., *Filosofia e storiografia*, op. cit., pp. 320-326.

³⁷ Véase P. Bonetti, *L’etica di Croce*, Laterza, Roma-Bari, 1991, p. 165.

³⁸ E. Paci, ‘Il significato storico dell’esistenzialismo’, en Id., *Esistenzialismo e storicismo*, Mondadori, Milán 1950, p. 29.

³⁹ Ibid., p. 32.

⁴⁰ Véase G. Calabrò, ‘Il concetto di “vitalità” e la filosofia ultima di Croce’, *De Homine*, 1964, pp. 237 ss.

categoría de lo útil económico, que él tiende ahora a moralizar, es decir, a contenerla dentro de los límites de la esfera individual, pero sin que ello impida la primacía incipiente de la ética que impregna con su universalidad todas las formas del espíritu, incluyendo la propia economía. En este sentido, Croce tiene razón cuando afirma que no hay conflicto entre fuerzas vitales y fuerzas morales, sino una relación de distinciones dentro de la unidad del espíritu. Sin embargo, para Croce el derecho es, como mantiene en los *Discorsi di varia filosofia* de 1945, “vitalidad y economicidad, la cual, por su propia finalidad vital y económica, prefiere, cuando le es conveniente, el orden del derecho al desorden salvaje de la anarquía y del ruinoso *bellum omnium contra omnes*”,⁴¹ resulta asimismo cierto que en Croce la vitalidad no es siempre derecho; mejor dicho, no es siempre forma económica. De aquí emerge, entonces, el hecho de que, como afirma Croce, vitalidad y economía no siempre coincidan;⁴² por el contrario, aparecen cada vez más heterogéneas. De tal manera, la vitalidad viene a ser precisamente esa fuerza, la fuerza del mal, en contra de la cual combate la moralidad, a tal punto que se genera una bipolaridad dialéctica entre lo negativo de la economía-vitalidad y lo positivo de las otras formas, lo que acaba por determinar una situación conceptual nueva respecto a la relación de los distintos.⁴³

La categoría económico-utilitaria, y especialmente el derecho, adquiere un papel fundamental tanto en la salvaguarda de los valores espirituales genéricamente prácticos, es decir, económico-jurídicos, como en la afirmación de la moralidad, que, en efecto, necesita estos valores para concretizarse históricamente y traducir su universalidad en los individuos y en las instituciones. Frente a lo que Croce define como las “impetuosas y desbordantes fuerzas vitales, que derriban y subyugan todo aquello que se opone a la satisfacción de su afán voraz de expansión, alimentación, gozo y dominación”,⁴⁴ la victoria de la moralidad, es decir, del ideal moral de la libertad, requiere la capacidad mediadora del derecho, que se enfrenta a los impulsos individualistas de la vitalidad combatiéndolos, ya no en nombre del puro universal ético, sino de un individual moralizado. Esto quiere decir que, entre el individualismo de la vitalidad y el universalismo de la moralidad, se sitúa la individualidad de la economía-derecho, sin la cual la moralidad no puede afirmarse. En el último Croce el derecho es, entonces, manifestación esencial de economicidad y ya no de vitalidad -esto es, de una vitalidad entendida como fuerza económica-, y es objeto de una mutación en sentido moral de su pensamiento, relacionada con un proceso de sustancial “moralización de la economía”.⁴⁵ Aunque quede vigente la originaria idea crociana de la verdad susceptible de integraciones continuas, pero no de mutaciones, se puede sin embargo hallar una oscilación entre dos visiones del derecho: una que remonta a sus estudios anteriores,⁴⁶ y

⁴¹ B. Croce, ‘L’“Apologia del diavolo” e il problema del male’, op. cit., p. 191.

⁴² Para una crítica de esta identificación crociana, véase A. Bruno, *L’ultimo Croce e i nuovi problemi. Con un carteggio inedito*, Angeli, Milán, 1990, pp. 43-46 e 57-81.

⁴³ Véase C. Antoni, *Commento a Croce*, Neri Pozza, Venecia, p. 132.

⁴⁴ B. Croce, ‘Forze vitali e forze morali. Economia, politica ed etica’, en Id., *Il carattere della filosofia moderna*, op. cit., p. 239.

⁴⁵ D. Corradini, *Storicismi e filosofie dello Stato. Hegel, Marx, Croce*, Angeli, Milán, 1988, pp. 74 ss. Véase, además, Id., *Croce e la ragion giuridica borghese*, De Donato, Bari, 1974, pp. 133 ss.

⁴⁶ Véase B. Croce, *Riduzione della filosofia del diritto alla filosofia dell’economia: memoria accademica del 1907*, reedición al cuidado de A. Attisani, Ricciardi, Nápoles,

otra madurada en los últimos años. La primera es la visión del derecho como actividad que “se basa en un principio ni moral ni inmoral ni amoral”,⁴⁷ con la contextual concepción restrictiva de la justicia como concepto empírico, incomparable con la libertad, que es un concepto filosófico;⁴⁸ la segunda es una visión antivitalista del derecho como garantía de moralidad, y por consecuencia, de libertad.

Esta relectura en clave moral del concepto de derecho no nace de repente, sino que se desarrolla poco a poco, a través de distintas afirmaciones que comprueban la atención de Croce hacia el problema de la ley injusta, y su defensa de las razones de la ética. En esto Croce se distingue de Gentile, según quien “todas las leyes se fundan en la ley de observar las leyes”,⁴⁹ por justas o injustas que sean. Así Croce, remarcando la insuficiencia de un derecho indiferente a las instancias de la racionalidad ética, no había dudado en manifestar su sentimiento de aversión hacia el Shylock del *Mercader de Venecia* y, frente al legalismo amoral de este, tomar partido por Porcia: la mujer que, empujada por el deber ético de salvar la vida a Antonio, representa la “noble imagen simbólica de la rebelión ingeniosa a la ley injusta”.⁵⁰ Sin embargo, la creciente eticización del derecho emerge con particular evidencia cuando Croce, constatando el comportamiento de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, invoca la necesidad moral implícita en el derecho mismo. Y se trata, nada menos, de una apelación al concepto de derecho natural, en otras ocasiones criticado por el filósofo. En estos momentos de angustia, Croce estigmatiza con firmeza “la máxima bélica de ‘provocar el mayor daño al enemigo’”, e invoca un indiscutible “límite lógico y moral”, que se basa en la exclusión del daño a “lo que es sagrado tanto para nuestro enemigo como para nosotros”, en nombre del “momento moral de lo que se llama *ius gentium*, el derecho natural o derecho internacional”.⁵¹ La apelación al derecho con finalidad propositiva y antivitalista parece contradecir el tenaz rechazo crociano al ideal moral de la libertad, y a la correspondiente teoría liberal, en relación con sistemas o instituciones económico-jurídicas específicas, que él considera contingentes, variables e históricamente determinados. En realidad, la contradicción no existe, ya que Croce no niega la necesidad de estas instituciones, aunque crea que ellas no son capaces de impulsar la libertad moral sin que esta preexista como supremo ideal al que tender. Él niega, más bien, que se pueda relacionar un principio moral como es el liberalismo, con un principio económico particular como es el liberismo o cualquier otro sistema, o bien institución, cuyo valor consista ya no en su hipotético carácter moral, afirmado apriorísticamente, sino en su idoneidad, dadas ciertas condiciones históricas, para afirmar la libertad más que otros sistemas o instituciones.

No hay, entonces indiferencia, por parte de Croce, hacia las instituciones económicas y jurídicas. Hay, en cambio, elasticidad en valorarlas según las necesidades de los tiempos. La apertura de Croce hacia el sistema económico socialista, que contrasta con la tajante condena del comunismo, es una prueba

1926.

⁴⁷ B. Croce, ‘La giustizia come concetto giuridico’, en Id., *Discorsi di varia filosofia*, op. cit., II, pp. 285-286.

⁴⁸ Véase B. Croce, ‘Libertà e giustizia’, Ibid., I, pp. 261 ss.

⁴⁹ G. Gentile, *I fondamenti della filosofia del diritto*, Sansoni, Florencia, 1961, p. 79.

⁵⁰ B. Croce, *Filosofia della pratica*, op. cit., p. 342.

⁵¹ B. Croce, ‘I doveri e il dovere’, en Id., *Discorsi di varia filosofia*, op. cit., II, p. 178.

de esta elasticidad. Resulta significativo que, para Croce, “con la más sincera y vívida conciencia liberal, se podrá muy bien tomar medidas y apoyar sistemas que los teóricos de la economía abstracta califican de socialistas y, con una expresión paradójica, se podrá hablar incluso [...] de un ‘socialismo liberal’”⁵², dando por sentado, en el plano político, su rechazo claro al socialismo “con sus contradicciones y sus ineptitudes”. De hecho, a los ojos de Croce, el socialismo no fue “la menos relevante de las causas de la crisis ocurrida en Italia”, la crisis de toda posibilidad concreta para el liberal-socialismo, como testimonia su crítica del programa del Partito d’Azione en la Italia post-fascista.⁵³ Según Croce, aún menos podría caber el comunismo en la serie de sistemas compatibles con la libertad, puesto que, como “todos los absolutismos, todos los despotismos, todas las tiranías”, en ninguna situación histórica puede aportar “libres instituciones representativas y libertad de conciencia y palabra”.⁵⁴ Sin embargo, aun negando la posibilidad de una ‘tercera vía’ entre positividad del liberalismo y negatividad del comunismo, Croce expresa el deseo de que el socialismo se aparte de las teorías de Marx, y espera que el socialismo del futuro “ya no esté estrechamente reducido a la clase obrera”, convirtiéndose en un “movimiento humano y liberal o democrático, si se quiere, como lo fue en sus orígenes”;⁵⁵ de tal manera el socialismo, como el liberalismo, podría alejarse radicalmente del marxismo. Croce dedica a Marx palabras todavía más duras que las pronunciadas en tiempos de sus estudios marxistas juveniles, hasta afirmar que “su materialismo histórico -que no es propiamente materialismo ni historia- era la negación intolerante de los derechos humanos”,⁵⁶ a partir del convencimiento, cada vez más enérgico, de que las fuerzas políticas de inspiración marxistas son los principales culpables de la fallida restauración liberal, desde los años de la primera posguerra europea.⁵⁷

En el sistema comunista Croce ve el activismo típico del nacionalismo fascista y nazi, un activismo “que, en cuanto tal, está ciego, es decir, es irracional, y se regocija presentándose y declarándose de esta manera, sin reconocer ni respetar valores o leyes de cualquier tipo”.⁵⁸ De este modo Croce reconoce la misma exaltación que observa en la praxis, que juzga de manera ambigua: negativamente, como fuerza de la vitalidad “vehemente y desenfrenada”, cuya “idolatría es [...] prueba de una degradación moral, es mal ideal, es sentimiento turbio y corrompido”;⁵⁹ positivamente, como poder reconducible a la “actividad contra la pasividad de la contemplación”, esto es, como esa “primacía del hacer”⁶⁰ que constituye el motor de la vida material y

⁵² B. Croce, ‘Liberalismo e liberismo’, en Id., *Terze pagine sparse*, op. cit., I, p. 320.

⁵³ Véase B. Croce, ‘Note a un programma politico’, en Id., *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, Laterza, Bari, 1973, I, p. 92.

⁵⁴ B. Croce, *La storia come pensiero e come azione*, op. cit., p. 240.

⁵⁵ B. Croce, ‘Discorsi del giorno’, en Id., *Nuove pagine sparse*, Ricciardi, Nápoles, 1948, I, p. 266.

⁵⁶ B. Croce, ‘Considerazioni sul problema morale dei nostri tempi’, en Id., *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, op. cit., II, p. 143.

⁵⁷ Véase B. Croce, ‘Epilogo’, en Id., *Storia d’Europa nel secolo decimonono*, Laterza, Bari, 1948, pp. 345 ss.

⁵⁸ B. Croce, ‘Considerazioni sul problema morale dei nostri tempi’, op. cit., II, p. 156.

⁵⁹ B. Croce, *La storia come pensiero e come azione*, op. cit., p. 164.

⁶⁰ B. Croce, ‘Il primato del fare’, en Id., *Filosofia e storiografia*, op. cit., p. 5. Sobre el concepto crociano de vitalidad, entendida como una expresión del praxismo contemporáneo, véase S. Cotta, ‘Dal primato della prassi all’anomia. Una

efectiva. Sobre todo, para Croce comunismo y nacionalismo son igualmente ajenos al concepto de medida,⁶¹ y, en definitiva, al derecho y sus instituciones. Heredado de la cultura romántica, que Croce aborrece, el activismo se configura en él como un estado de ánimo que, en sus múltiples expresiones, siempre tiene el mismo carácter, “en política como en literatura, en filosofía como en pintura, en los nacionalistas y en los comunistas, en los reaccionarios y en los revolucionarios, como si todos hubieran bebido de la misma fuente envenenada”.⁶²

A los reflejos del activismo en la política, o mejor dicho, a la “conexión del romanticismo con la política y la guerra”, Croce atribuye los efectos más tremendos, esto es, la destrucción y el fin de todo ideal, de “todo sentimiento de humanidad común”.⁶³ El enemigo principal de la política, entonces, ya no es, como en las *Pagine sulla guerra*, el moralismo, y la política ya no se asemeja a un simple lugar de encuentro-enfrentamiento entre intereses distintos. La perspectiva del último Croce tiende a una moralización de la esfera económico-utilitaria, incluyendo sus expresiones en la política -cuyo mayor adversario es ahora el politicismo irracionalista y la atribución de “una abstracta carácter absoluto al concepto de patria y al deber de la defensa de la patria-⁶⁴, en el afán individualista por satisfacer las necesidades y los impulsos vitales de ese supra individuo de naturaleza hobbesianamente animal que es el Estado, con todos sus medios, incluidos los que se consideran inadmisibles incluso en la guerra. Esta, sin embargo, “se actúa más acá y más allá de todo ordenamiento jurídico”.⁶⁵ Son los medios utilizados por la vitalidad cuando esta ya no se constituye como una forma categorial del espíritu, como economicidad, sino como una fuerza identificable con la irracionalidad del puro impulso individual: la fuerza en la que confluye la política real, cada vez más alejada de la categoría económica a la que pertenece. Frente a esta reinterpretación de la política y de la misma economía como manifestaciones de un espíritu cada vez menos hipostasiado, pero llamado a enfrentarse con algunos de los fenómenos emblemáticos de la civilización contemporánea -como el totalitarismo, el estatalismo, la guerra y la violencia, en los cuales el ideal ético-político de la libertad parece destinado a perder toda posibilidad de afirmarse en contraposición a las fuerzas oscuras de lo Vital-, se puede vislumbrar todo el significado humano y cívico que emana de la filosofía crociana. Esta no es pura meditación solipsista, sino pensamiento dialéctico capaz de alcanzar una madurez creciente hacia un idealismo plenamente integrado en el devenir trágico de la historia.

HACIA UNA NUEVA DIALÉCTICA. Es la experiencia histórica, caracterizada por las muchas atrocidades de la Segunda Guerra Mundial, la que provoca la

interpretazione culturale della crisi odierna’, en VV. AA., *Lo stato delle istituzioni italiane. Problemi e prospettive. Atti del Convegno* (Roma, 30 de junio - 2 de julio de 1993), Giuffrè, Milán, 1994, pp. 39-40, 42.

⁶¹ Subraya “el sentido de la medida” en Croce, que “ha de interpretarse como filósofo humanista”, G. Lunati, ‘Croce etico-politico’, en R. Franchini, G. Lunati, F. Tessitore, *Il ritorno di Croce nella cultura italiana*, Rusconi, Milán, 1990, pp. 59-84.

⁶² B. Croce, ‘Considerazioni sul problema morale dei nostri tempi’, op. cit., II, p. 157.

⁶³ Ibid.

⁶⁴ B. Croce, ‘I doveri e il dovere’, op. cit., II, p. 178.

⁶⁵ B. Croce, ‘Contro l’approvazione del dettato di pace’, en Id., *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, op. cit., II, pp. 404-405.

idea, difundida en aquellos años, de un inminente “fin de la civilización”, que el mismo Croce considera posible “cuando los espíritus inferiores y bárbaros, que, aun frenados, están en toda sociedad civil, vuelven a estar en primera plana y, en última instancia, recuperan preponderancia y primacía”.⁶⁶ Coherente con su propia convicción de que “pensar la historia ya es de por sí filosofar, y no se puede filosofar si no se es en referencia a los hechos, esto es, a la historia”,⁶⁷ Croce no cede aquí a ninguna “filosofía de la historia”, como lo sería aquella, carente de fundamento, que reconoce el *Weltplan*, el supuesto “diseño del mundo”, en la “irreparable y cada vez más precipitada decadencia después de la salida del edén”.⁶⁸ Además, el “fin de la civilización” es una concepción que tampoco puede colocarse dentro del marco de la filosofía crociana de la libertad, según la cual los cursos y recursos históricos pertenecen a la vida de la libertad, que “no puede vivir de manera distinta a como vivió y siempre vivirá en la historia, llevando una vida peligrosa y luchadora”.⁶⁹ De hecho, no se trata de un oscurecimiento momentáneo de la libertad, sino de un verdadero fin de la civilización humana, que Croce identifica con la civilización europea y que compara, con sutil sentido poético, a la “flor que nace en las duras rocas y que una lluvia desgraciada arranca y deja morir”.⁷⁰ Y esto a pesar de que luego añade que el mérito de la civilización está “en la fuerza eterna e inmoral del espíritu que puede generarla cada vez nueva y más intensa”.⁷¹

En realidad, esta concepción, ajena en Croce no solo a una filosofía de la historia, sino también a su propia filosofía de la libertad, pone en seria dificultad el sistema de los distintos, porque marca la aparición de un principio del todo heterogéneo a ellos e inadmisibles: el principio negativo, entendido de manera inmanente, del “Anticristo”, que “no nace entre nosotros, sino está en nosotros”,⁷² y que representa la plena manifestación de la vitalidad en cuanto “afán y avidez personal, dirigidas totalmente al placer y a lo ventajoso”.⁷³ Nada parece capaz de impedir la destrucción, o mejor dicho, la “des-creación”⁷⁴ así causada, y mucho menos el derecho, pisoteado junto a la libertad. Queda solamente la conciencia de que “nuestra angustia por el fin de las cosas bellas y de las fuertes y sabias organizaciones y costumbres, no es distinta de la pérdida de las personas queridas”.⁷⁵ Una pérdida a la que, sin embargo, cabe reaccionar con la fuerza del ánimo, “siempre en nosotros benéficamente laboriosa”,⁷⁶ y con la valentía de mantener viva la conciencia de valores morales como la civilización, la libertad y la laboriosidad.⁷⁷ En estos se traslada, en sustancia, la razón tanto teórica como práctica.

Croce está invadido por un desconcierto profundo, pero es significativo que su esfuerzo para no renunciar a una visión constructiva y laboriosa de la

⁶⁶ B. Croce, ‘La fine della civiltà’, en Id., *Filosofia e storiografia*, op. cit., p. 305.

⁶⁷ B. Croce, *La storia come pensiero e come azione*, op. cit., p. 136.

⁶⁸ Ibid., p. 138.

⁶⁹ Ibid., p. 50.

⁷⁰ B. Croce, ‘La fine della civiltà’, op. cit., p. 311.

⁷¹ Ibid.

⁷² B. Croce, ‘L’Anticristo che è in noi’, en Id., *Filosofia e storiografia*, op. cit., p. 313.

⁷³ Ibid., p. 315.

⁷⁴ Ibid.

⁷⁵ B. Croce, ‘La fine della civiltà’, op. cit., p. 311.

⁷⁶ Ibid.

⁷⁷ Véase B. Croce, ‘Considerazioni sul problema morale dei nostri tempi’, op. cit., II, p. 158.

vida. Por eso, aunque consciente de la gravedad de los nuevos tiempos, él persiste en su crítica de aquellas “filosofías de la crisis” que tienden a considerar el devenir histórico como algo cada vez más lejano de la dimensión racional, o a concebirlo en términos de una espera sin esperanza. Es además notable el hecho de que se pueda detectar, en las valoraciones polémicas de Croce sobre estas perspectivas filosóficas, una incompreensión total del existencialismo, liquidado como una estéril y “endebles filosofía”, cuyos propugnadores “son uno de los muchos síntomas de un mundo enfermo, y ya no una fuerza de curación y salud”.⁷⁸ Más bien, la irrupción del mal en el mundo en forma de “ideal de muerte, que ahora se llama ‘totalitarismo’, ‘partido único’, ‘obediencia al partido’”,⁷⁹ induce a Croce a buscar la salvación no solamente en la racionalidad, sino también en una dimensión superior: la dimensión cristiana. Y esto porque “cristianismo y racionalidad, aunque ahora parezcan justamente lo contrario, nunca se pueden superar ni considerar obsoletos”.⁸⁰ Desde hace tiempo, Croce reflexiona profundamente sobre el cristianismo, que llega a definir como “la revolución más grande que la humanidad haya hecho jamás”.⁸¹ Y desde hace tiempo, busca volver a encontrar la espiritualidad cristiana en el mismo concepto de libertad, que ahora se convierte cada vez más, para el filósofo, en “un principio religioso, que fortalece los corazones e ilumina las mentes”;⁸² y busca a la vez concebir la religiosidad como algo que se pueda conciliar con el historicismo inmanentista teorizado por él, una religiosidad sin trascendencia.⁸³

Sin embargo, el acercamiento de Croce al cristianismo, propiciado por la invasión del mal que le obliga a reconocer, de manera más o menos explícita, su sustantividad, no consigue llevar a cabo esta conciliación. Esto se debe al excesivo peso conceptual que Croce otorga a su teoría de los distintos en el intento de no dejar nada de trascendente, o exterior, a ella. Este exceso de significación no concierne solamente la categoría filosófica de la economía, destinada a absorber lo Vital y su manifestación extrema, el Anticristo, esto es, el mal absoluto en cuanto principio supra espiritual del egoísmo, del *amor sui*; de hecho, concierne asimismo la categoría filosófica de la moralidad, que ha de comprender en sí, además de la libertad como “principio religioso”, también la misma religión en su principio divino, ya que la realidad de Cristo, sin el cual no se puede pensar el Anticristo, no puede negarse, ni siquiera desde una perspectiva laica como la de Croce. Este llega, de hecho, a afirmar que “el filósofo nunca niega la verdad de Dios y las controversias no afectan este punto, sino los distintos modos de definirlo”.⁸⁴ La trascendencia religiosa aflora a menudo en el último Croce,⁸⁵ a pesar de su esfuerzo constante para encauzarla

⁷⁸ B. Croce, ‘Osservazioni su libri nuovi’, en Id., *Nuove pagine sparse*, Ricciardi, Nápoles, 1949, II, pp. 153-154; reseña de *L’esistenzialismo. Saggi e studi*, ed. L. Pelloux, Roma 1943.

⁷⁹ B. Croce, ‘L’Anticristo che è in noi’, op. cit., p. 317.

⁸⁰ B. Croce, ‘Considerazioni sul problema morale dei nostri tempi’, op. cit., II, pp. 158-159.

⁸¹ B. Croce, ‘Perché non possiamo non dirci “cristiani”’, en Id., *Discorsi di varia filosofia*, op. cit., I, p. 11.

⁸² B. Croce, ‘Ancora sulla teoria della libertà’, en Id., *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, op. cit., I, p. 101.

⁸³ Véase B. Croce, ‘Agli amici che cercano il “trascendente”’, en Id., *Etica e politica*, Laterza, Bari, 1956, pp. 451 ss.

⁸⁴ B. Croce, ‘L’uomo vive nella verità’, op. cit., p. 10.

⁸⁵ Ya después del alejamiento de la religión, el joven Croce había sentido la “necesidad

dentro del inmanentismo de la filosofía.⁸⁶ De la “religión que se hace trascendente”, Croce no rechaza el impulso espiritual, ni la idea de lo divino y el sentimiento que ella conlleva, sino más bien el hecho de que el símbolo se aleje de la auténtica idealidad religiosa, hacia un “culto materialista” que “lleva al hombre fuera de su libertad y su conciencia, sometiéndolo a una ley que no procede de él mismo, una ley impuesta desde arriba”.⁸⁷ Así, al tiempo que el liberalismo crociano adquiere los caracteres de una verdadera religión,⁸⁸ aunque laica e inmanente, esta religión sigue percibiendo la profunda verdad de las otras fes entendidas tradicionalmente, su “sustancial identidad, el sufrimiento común, la común elevación y el común esfuerzo de elevación hacia lo divino”.⁸⁹ Es este el modo mediante el cual Croce parece pretender calmar la turbación interior provocada por la problematización dramática de su pensamiento. Es ahora cuando interviene el tema del enfrentamiento entre libertad y vitalidad, entre los valores de la civilización y un curso histórico cada vez más expuesto a la destrucción y al nihilismo, en profundo contraste con la idea, ya expresada por Croce anteriormente, de un progreso continuo de la humanidad hacia la perfección.

A la angustia provocada por la crisis de la civilización europea y occidental,⁹⁰ debilitada por el totalitarismo, el racismo y el nacionalismo, Croce reacciona invocando las fuentes capaces de alimentar aquellos valores espirituales que no pueden perecer, porque, a pesar de que la civilización está en peligro, el espíritu permanece eterno. Junto con la religiosidad cristiana interpretada de manera inmanentista, Croce indica como fuente de salvación la racionalidad ético-política, que antepone el amor a la patria a los ineludibles deberes hacia el Estado: un amor sano, que debe reemplazar el “cínico y necio nacionalismo”, porque es exactamente “su contrario”.⁹¹ Mientras la vida de los Estados tiende a desarrollarse mediante actos de atropello por parte de los más fuertes contra los más débiles, ganados y sometidos, Croce contrapone el amor a la patria con una inoportuna deificación del Estado, al que sin embargo hay que servir con sentido del deber.⁹² Constatando que los mejores ideales están

angustiosa” de un punto de referencia sólido, de “una fe en la vida y sus fines y deberes”, filosófica cuando no religiosa (B. Croce, *Contributo alla critica di me stesso*, op. cit., p. 25).

⁸⁶ Reconoce en Croce “un pensador esencialmente religioso”, A. Del Noce, ‘Croce e il pensiero religioso’, en Id., *L’epoca della secolarizzazione*, Giuffrè, Milán, 1970, pp. 241-251. Sobre este tema véase, además, P. Colonnello, ‘Ansia religiosa e pathos del vivere in Benedetto Croce: alcune osservazioni’, *Criterio*, 1993, pp. 60-74.

⁸⁷ B. Croce, *La storia come pensiero e come azione*, op. cit., p. 250.

⁸⁸ “Si la religión es y no puede ser otra cosa que una concepción de la vida con una correspondiente actitud ética, el liberalismo es una religión” (*ivi*, p. 247).

⁸⁹ *Ibid.*, p. 248.

⁹⁰ Sobre el crecimiento gradual de lo que Croce, ya en 1915, denomina su propia “angustia crónica” (*Contributo alla critica di me stesso*, op. cit., p. 74), véase G. Sasso, *Per invigilare me stesso. I Taccuini di lavoro di Benedetto Croce*, Il Mulino, Bologna 1989. Véase también B. Troncarelli, ‘I Taccuini di lavoro di Benedetto Croce’, *Rivista internazionale di filosofia del diritto*, 1990, pp. 687-694; P. Bonetti, ‘La categoria del vitale nei “Taccuini di lavoro” di Croce’, en VV. AA., *Croce quarant’anni dopo*, Ediz. Ediz. Pescara, 1993, pp. 211-220.

⁹¹ B. Croce, ‘Una parola desueta: l’amor di patria’, en Id., *Scritti e discorsi politici*, op. cit., I, p. 96.

⁹² Véase B. Croce, ‘L’amore verso la patria e i doveri verso lo Stato’, en Id., *Filosofia e storiografia*, op. cit., pp. 240-242.

derrotados por el Anticristo, presente “en el desconocimiento, la negación, el atropello, el escarnio de los valores mismos”,⁹³ Croce cuenta con “todos los valores morales de los que la patria es la síntesis y el símbolo”.⁹⁴ Entre estos prima el valor de la libertad, que ya ni siquiera el derecho frente al vitalismo de la política real parece capaz de proteger. Sin embargo, el ideal moral de la libertad, aun pisoteado, permanece vivo, de modo que, en ocasiones, en la fase conclusiva de la reflexión crociana, él aparece como la condición de existencia del derecho mismo, o mejor dicho, de la categoría económica en su acepción de forma espiritual positiva, y no entendida desde un punto de vista vitalista. En este sentido, Croce apela a todos aquellos que “en los últimos años mostraron cómo, gracias a las virtudes de los principios liberales, se pueden y se deben combatir los males y las injusticias de los sistema económicos”.⁹⁵

Hay un específico valor ético-político, en el que hace hincapié sobre todo el último Croce: se trata del partido liberal, en calidad de “pre-partido” encaminado a “fundar la libertad de todos los partidos”.⁹⁶ Desde el año 1943, cuando Croce colabora activamente para su reconstrucción -y para “reconducirlo a las puras fuentes cavourianas, protegiéndolo de cualquier componenda, sea conservadora o revolucionaria”-⁹⁷ el filósofo describe el partido como el instrumento fundamental para un renacimiento nacional y liberal cercano, que pueda demostrar lo infundado de la “acusación según la cual el liberalismo es [...] agnóstico, es decir, indiferente y vacío”⁹⁸ tanto en el ámbito institucional como en el económico-social⁹⁹. Mediante este instrumento de acción, cuyo único programa consiste en no hacer programas -ya que estos siempre tienen algo “de vago, de abstracto y provisional”-¹⁰⁰ y en proponer, según las circunstancias, soluciones económicas específicas, Croce piensa encontrar en la sociedad italiana un renovado liberalismo cavouriano, y giolittiano,¹⁰¹ que él entiende como “un liberalismo radical”.¹⁰² Una prueba de este radicalismo es la adhesión al principio democrático del sufragio universal, que Croce respalda en nombre de una libertad de acción que pertenece a cada individuo y que cabe defender en la incesante batalla de la vida. Pero, según Croce, “para afirmar este supremo derecho”, cada uno está llamado a invocarlo “en virtud de su naturaleza humana, de su universalidad humana; y [el hombre] no podría hacerlo si negase este derecho a los demás, es decir, si no reconociese para todos lo que reconoce para sí mismo en cuanto hombre, más allá de su

⁹³ B. Croce, ‘L’Anticristo che è in noi’, op. cit., p. 315.

⁹⁴ Véase B. Croce, ‘L’amore verso la patria e i doveri verso lo Stato’, op. cit., p. 243.

⁹⁵ B. Croce, ‘I liberali e il governo’, en Id., *Scritti e discorsi politici*, op. cit., II, pp. 396-7.

⁹⁶ B. Croce, ‘Movimento liberale e partiti politici’, en Id., *Scritti e discorsi politici*, op. cit., I, p. 87.

⁹⁷ B. Croce, ‘Che cosa è il liberalismo. Premessa per la ricostituzione di un partito liberale italiano’, en Id., *Scritti e discorsi politici*, op. cit., I, p. 102.

⁹⁸ Ibid.

⁹⁹ Véase S. Onufrio, ‘Note su Croce, il Partito Liberale e il Partito d’Azione’, en VV. AA., *Benedetto Croce*, ed. de A. Bruno, Giannotta, Catania, 1974, pp. 315-339.

¹⁰⁰ B. Croce, ‘Nota sui programmi’, en Id., *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, op. cit., I, pp. 107-108.

¹⁰¹ Véase B. Croce, ‘Il Partito liberale italiano, i suoi intenti e i suoi metodi’, en Id., *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, op. cit., II, pp. 298-311.

¹⁰² B. Croce, ‘Per la sezione pugliese del Partito liberale italiano. Lettera all’ing. Giuseppe Laterza’, en Id., *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, op. cit., I, p. 113.

identidad individual”.¹⁰³ Es una filosofía plenamente abierta al fundamental principio, ético y jurídico, del reconocimiento de la humanidad y de la dignidad del otro por parte de cada uno. De tal manera, la ética no está limitada a un ámbito restringido, dentro de una determinada categoría del espíritu, sino que se extiende a todas las expresiones de la actividad espiritual, incluyendo el derecho. Discrepando de manera sustancial con la anterior teoría de los distintos, la ética, ahora, se compenetra con estas expresiones casi hasta fusionarse, con la finalidad de “combatir el dolor y el mal en las formas siempre nuevas en las que se presentan”,¹⁰⁴ aunque se tenga conciencia de que es imposible eliminarlos del todo.¹⁰⁵

De aquí surge una ética trágica,¹⁰⁶ que al igual que la dialéctica hegeliana en la que se funda, definida como “una búsqueda de alta Ética”,¹⁰⁷ entiende el mal en toda su magnitud y, al mismo tiempo, “en su función de elemento vital”.¹⁰⁸ Para Croce, esta función consiste en el hecho de que el mismo mal -es decir, “la Vitalidad cruda y verde, salvaje y virgen de toda forma de educación”-¹⁰⁹ es el origen de la dialéctica, de la tensión perenne hacia la moralidad. Así, pues, en su segunda obra dedicada a Hegel, *Indagini su Hegel e schiarimenti filosofici*, un compendio de escritos redactados entre 1948 y 1951, Croce, intentando preservar la estructura base de su filosofía del espíritu, atiende a una difícil reflexión estimulada por la categoría de lo Vital, ya claramente convertida en una forma muy distinta, gracias a su irreductible “inquietud”, respecto a la categoría de lo Útil. En sus últimos escritos, una serie de acontecimientos históricos y culturales llevan a Croce a replantearse la actitud de confianza y las certezas que solía tener en el pasado. En el plano histórico, se trata de la guerra con sus horrores y las correlativas responsabilidades del nazi-fascismo, del uso del arma atómica, y también de las dificultades a las que se enfrenta el ideal liberal después de 1945 demostrando que a la caída del fascismo no había seguido inmediatamente el retorno de las libertades y de una Europa liberal; en el plano de la cultura y las ciencias humanas, Croce alude a la problemática propuesta, sobre todo, por el psicoanálisis, con el descubrimiento de inquietas dimensiones interiores, como la libido y el inconsciente.¹¹⁰ Debido también a esto la aportación conceptual de la vitalidad, que acaba por reemplazar la categoría de lo útil, afecta directamente los fundamentos del sistema filosófico de Croce, sus aspectos esenciales, y otorga a estas últimas meditaciones, desarrolladas en forma de coloquio con Hegel, “un carácter de alto dramatismo”.¹¹¹

¹⁰³ B. Croce, ‘Ufficio ideale del suffragio universale’, en Id., *Terze pagine sparse*, op. cit., I, pp. 291-292.

¹⁰⁴ B. Croce, ‘Ottimismo e pessimismo’, en Id., *Indagini su Hegel e schiarimenti filosofici*, Laterza, Bari, 1952, p. 48.

¹⁰⁵ Véase B. Croce, ‘Hegel e l’origine della Dialettica’, en Id., *Indagini su Hegel e schiarimenti filosofici*, op. cit., p. 33.

¹⁰⁶ Véase B. Croce, ‘Ottimismo e pessimismo’, op. cit., p. 49.

¹⁰⁷ Véase B. Croce, ‘Hegel e l’origine della Dialettica’, op. cit., p. 37.

¹⁰⁸ Ibid.

¹⁰⁹ Ibid., p. 35.

¹¹⁰ Véase S. Cingari, *Benedetto Croce e la crisi della civiltà europea*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2003, I, pp. 83-84.

¹¹¹ G. Sasso, ‘Per un’interpretazione di Croce’, en Id., *Passato e presente nella storia della filosofia*, Laterza, Bari, 1967, p. 80.

Se trata de un proceso no querido. Sin embargo, Croce, con mucha honestidad intelectual y sufrimiento interior, siente que no puede eludirlo.¹¹² Por un lado, Croce no quisiera cambiar nada de su sistema filosófico, intentando asegurarle una continuidad estable entre las conclusiones anteriores y los resultados actuales. Todavía en el ensayo sobre *Hegel e l'origine della Dialettica*, él afirma haber rechazado la metafísica “desde el principio” para trazar una “Filosofía del Espíritu fundada en una tétrada de conceptos supremos en la que cada uno de ellos daba muestras de ser extremadamente proficuo dentro del orden de problemas que presidía”,¹¹³ reafirmando como punto fundamental la circularidad del espíritu y la relación -una cuestión que nunca sería resuelta del todo- entre dialéctica de los elementos distintos y síntesis de los opuestos. En esta dirección, el esfuerzo de Croce fue el de asemejar la vitalidad a lo útil, atribuyendo a esta categoría “una función de integración de las otras formas del espíritu”, y limitándose a reconocer en ella “una función revolucionaria” y una capacidad irrequieta e innovadora para “proponer problemas al arte, al pensamiento y a la moral”.¹¹⁴

Por otro lado, Croce sabe que esta categoría, surgida paulatinamente como expresión de las fuerzas vitales e inmediatas de la realidad, puede llevar a su vez a una nueva configuración del nexo de los distintos, o mejor dicho, a una revisión radical de la dialéctica, ya que está en juego el mantenimiento de la unidad espiritual, o el retorno al dualismo. Sin duda, su rechazo de la trascendencia y del naturalismo, su inmanentismo radical, se fundan en el hecho de poder reconducir integralmente cada experiencia a la racionalidad y positividad, a la luz de un nexo básico de distinción dentro de la unidad completa del espíritu. Sin embargo, la vitalidad siempre tiende a romper esta unidad, de tal manera que siempre es difícil, cuando no imposible, poder reafirmar su pertenencia al espíritu, entendido en su perfecta y armónica circularidad; así se pone de relieve la vinculación de lo Vital a un reino cuya naturaleza es ajena a la dimensión espiritual al tiempo que enemiga de su misma libertad.

En definitiva, adscribiendo a la vitalidad la tarea de producir el movimiento dialéctico, Croce intenta neutralizar esa “fuerza descomunal de lo negativo”¹¹⁵ que en Hegel, en cambio, subsiste como tal, ya que para el filósofo alemán “el espíritu [...] le mira a la cara a lo negativo, se demora en ello”.¹¹⁶ Croce quiere mantener hasta el final su vínculo con la filosofía hegeliana, es más, parece incluso identificarse con el gran filósofo cuando discute el “renacimiento existencialista” de Hegel. De hecho, observa de manera muy significativa que “la nada, en la que da vuelta la conciencia infeliz, reenvía al ser, del cual es el opuesto y el correlativo, y no se encuentra por encima o fuera del ser, sino dentro de él; es decir, solo se puede pensar el ser como, a la vez, no ser, como devenir”.¹¹⁷ De esta misma manera, Hegel se adentraría en el concepto de

¹¹² Véase, para las implicaciones autobiográficas, B. Croce, ‘Una pagina sconosciuta degli ultimi anni della vita di Hegel’, en Id., *Indagini su Hegel e schiarimenti filosofici*, op. cit., pp. 25-26.

¹¹³ B. Croce, ‘Hegel e l'origine della Dialettica’, op. cit., p. 29.

¹¹⁴ Ibid., p. 31.

¹¹⁵ G.W.F. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, ed. bilingüe de A. Gómez Ramos, Universidad Autónoma de Madrid, Abada editores, Madrid, 2010, p. 91.

¹¹⁶ Ibid.

¹¹⁷ B. Croce, ‘L'odierno “rinascimento esistenzialistico” di Hegel’, en Id., *Indagini su Hegel e schiarimenti filosofici*, op. cit., pp. 78-79.

espíritu: por consecuencia, no es admisible, para Croce, considerarlo un precursor del existencialismo, puesto que este movimiento representaría una dimensión ya superada del idealismo hegeliano.

A Croce le interesa recalcar que la negatividad de lo real no subsiste en sí, ya que una fuerza espiritual negativa es una “contradicción en términos”¹¹⁸, siendo negativo, entre las formas del espíritu, solo el momento intra espiritual de la superación, que hegelianamente niega y conserva, elimina y supera al mismo tiempo. Croce reafirma este concepto también frente a la fuerza trágica de la vitalidad, para intentar reconciliar su presencia con la articulación compuesta de la dialéctica de los distintos. Se trata, sin embargo, de una tentativa infructuosa, ya que Croce concluye afirmando que el hombre puede vencer males particulares, “pero nunca podrá ganar el mal”.¹¹⁹ Además, esta copresencia del bien y el mal es definida por él como “el verdadero pecado original”, que se muestra incurable e inexpiable, “por lo menos en la vida que nosotros conocemos, la única que podemos concebir”.¹²⁰ A pesar de que muchas de sus certezas vacilan, algo en Croce permanece estable, incluso se afianza: la conciencia de que el hombre, frente a las fuerzas irracionales de la vida que intentan desviarlo, tiene el deber moral de cumplir su propia obra, sea humilde o excelsa, y de cumplirla con la voluntad de servir a los otros.

Sin embargo, el último Croce no solo reafirma la reconducción y asimilación del sujeto a la obra que este cumple, sino que, viceversa, reconduce la obra al sujeto que la cumple, porque ahora Croce no retrocede delante del significado existencial de la obra misma, encontrando un idealismo más problemático y aporético, pero también más humanizado y abierto a una nueva e irresuelta dialéctica entre pensamiento y vida, entre universal e individual. En el Croce de los últimos años asume un papel fundamental el descubrimiento del sufrimiento, o mejor dicho, de la ética como sufrimiento, que sustituye el juvenil “descubrimiento de lo útil” como otra y más profunda clave de lectura de toda la realidad. De aquí el carácter religioso de la tardía reflexión crociana, ligada no tanto a la idea de libertad como religión, sino más bien al significado del dolor y el mal, que, cuanto más se niega y oculta, tanto más implacable se vuelve. He aquí la gran lección de Croce, cuyas reflexiones conclusivas sobre la ética y lo Vital constituyen todavía uno de los legados más importantes de su pensamiento: si, por un lado, la ética crociana de la libertad nos empuja a “combatir el dolor y el mal en las formas siempre nuevas en las que se presentan”,¹²¹ por otro lado, el sufrimiento ya no es solo algo insensato y negativo que hay que rechazar, sino un medio personal para crecer y superarse. Hay que evitar en lo posible el sufrimiento de los demás, pero nosotros tenemos que aceptarlo y acogerlo, y justamente porque “no podemos no decirnos cristianos”.¹²² En cuanto cristianos, la verdad ya no es un objeto inasequible que está fuera de nosotros; al contrario, se trata de aquella voz interior que solo el cristianismo, que opera “en el centro del alma, en la conciencia moral”,¹²³ ha permitido descubrir dentro de uno mismo. Solo la conciencia moral convierte el

¹¹⁸ B. Croce, ‘Anima e corpo. La forma vitale tra le altre forme spirituali’, op. cit., pp. 217 ss.

¹¹⁹ B. Croce, ‘Il peccato originale’, en Id., *Indagini su Hegel e schiarimenti filosofici*, op. cit., p. 137.

¹²⁰ Ibid., pp. 137-138.

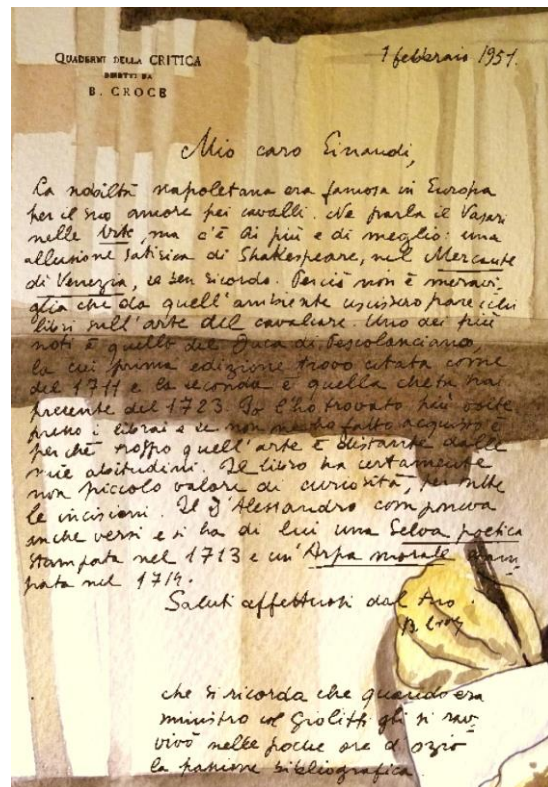
¹²¹ Véase *supra*, nota 104.

¹²² B. Croce, ‘Perché non possiamo non dirci “cristiani”’, op. cit., I, pp. 11 ss.

¹²³ Ibid., p. 12.

individuo en una persona verdadera, capaz de superar su propia particularidad para experimentar en sí misma el “amor hacia todos los hombres”,¹²⁴ y hacia todo lo demás, incluyendo la alteridad de Dios. Este es, pues, el espíritu descrito por los filósofos y, al mismo tiempo, el espíritu que, en la revolución realizada por Cristo, descendió entre nosotros y se encarnó para hacerse como nosotros. Con Cristo, el espíritu deviene todo lo que es, incluyendo humanidad, vitalidad, dolor, finitud, y enseña al mundo que solo saliendo de sí vuelve a sí y nos reconduce consigo, y que solo soportando el mal lo vence y lo redime para nosotros, como se puede ver en la ‘teodicea laica’ que el extraordinario *pathos* dialéctico del último Croce invoca agudamente en el plano filosófico.

Traducción de Paolino Nappi



¹²⁴ Ibid., p. 13.